

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POLICÍA

En tela de juicio y sobre el tapete anda estos días la aptitud de nuestra policía, con motivo de la captura de los Humbert. ¿Ha sido el descubrimiento de los monumentales estafadores un acierto, acierto verdadero, reflexivo, pues aquí no valdría ufanarse por éxitos casuales, sonaduras de flauta de aquellas de que trataba el fabulista? ¿Ha sido, por el contrario, la sencilla maniobra del que sabe, debido á que se lo avisan por carta anónima, que en un cajón está un billete de Banco, y abre el cajón y recoge el billete con gran sosiego? Las dos opiniones tienen defensores; pero observaré que la primera dominó al pronto, y que según van pasando días prevalece la segunda, domina el escepticismo.

**

En efecto, reconstruyendo la historia de los Humbert desde que abandonaron la capital testigo de sus triunfos y campo de sus empresas, se ve que esta familia de caballeros de industria llegó á Madrid hace bastantes meses y se instaló tranquilamente, como pudiera si no tuviese ningún motivo para ocultarse. Alquilaron los Humbert un hotel, tomaron su asistente española, salieron á la calle todos los días, fueron á los toros, engalanaron sus balcones en las fiestas de la jura. Corrió tiempo, y á pesar de que una familia numerosa, extranjera y totalmente desconocida debe llamar siempre la atención de la policía, y moverla á realizar pesquisas hasta averiguar de dónde y á qué viene; á pesar de que la policía española tendría en su poder, sin género de duda, retratos de los Humbert, sus señas, su filiación, ahí se estuvieron pacíficamente, sin que á nadie se le importase un ardite de ellos. La prensa europea, cada ocho días, hablaba de los Humbert, de su increíble desaparición, consagraba artículos á las hipótesis de su escondrijo..., y nuestra policía, que debiera haberlos espiado desde la primer semana, ni aun soñaba con descubrir la menor relación entre una familia que no podía pasar inadvertida y los estafadores á quienes infructuosamente se perseguía por el mundo entero.

**

Los rumores más novelescos han corrido para explicar la repentina clarividencia de nuestra policía: hay quien cree que lejos de estimularla á que abriese el ojo, en Francia se deseaba una policía ciega y sorda. — Ahora bien; yo que me inclino siempre á lo verosímil, antes que á lo novelesco, no doy gran crédito á descabelladas versiones que ruedan de boca en boca, y acepto el hecho sencillo, natural, probado experimentalmente, de una policía descuidada, bien intencionada, pero no avezada á esas prestigiosas campañas que han inmortalizado á algunos célebres polizontes franceses.

Acertar por casualidad no es un acierto profesional policíaco. Eso le puede suceder á cualquiera: yo escucho una conversación al través de un piso ó de un muro, en una fonda, en un coche, y esa conversación me entrega á un gran criminal... Pero si mi

oficio es vigilar, buscar, capturar criminales, debo provocar la circunstancia fortuita que me los ponga en las manos. La labor del polizonte es arte, arte social, y exige altas dotes, profundos estudios sociales también. No puede desempeñarla el primero que llegue, y no puede encontrarse más adelantado ese arte de lo que lo esté la sociedad misma, en conjunto. En una sociedad adelantada, todo el mundo auxilia á la policía, está interesado en cooperar á que se cumpla la ley. La policía, en efecto, sólo en Estados mal constituidos, en organizaciones sociales defectuosas, es mirada como elemento aparte de la sociedad, y aun como algo enemigo y reprobable. La reconciliación entre la sociedad y la policía significa: en la sociedad, el respeto á las prescripciones legales; en la policía, conciencia de la dignidad de su misión, incremento de inteligencia y moralidad.

**

Por eso aquí podemos tener un polizonte que desempeñe su misión con acierto, un individuo apto, y yo no regateo al Sr. Caro los méritos que en la captura de los Humbert pueda haber contraído; pero niego que por esta captura debe decirse que tenemos una policía mejor organizada que los restantes servicios, cuyas deficiencias tanto se lamentan y con sobra de razón. No ha mucho que la célebre Cecilia Aznar necesitaba, para hacerse prender, cometer todo género de imprudencias durante quince días, y venir, por decirlo así, á meterse ella misma en la boca del lobo, hasta el punto de que la prensa la adjudicó, á ella misma, la recompensa ofrecida á quien la capturase. Los Humbert, á su vez, tampoco extremaron las precauciones; ni se separaron, ni se disfrazaron, ni casi se escondieron. Y nótese que Cecilia y más aún los Humbert eran caza señalada por todas las jaurías, presas apetecidas universalmente. La impunidad y la seguridad del reo aumentan en razón directa de lo obscuro é ignorado del crimen. La lista de los criminales «no habidos» es infinita, el olvido cae sobre ellos y sobre sus actos, la justicia archiva las diligencias, y en paz. Ciertamente que también en el extranjero hay criminales famosos que han burlado á la policía, como Jack el destripador; pero nótese que, comparado al inmenso Londres, Madrid es apenas un lugar de Castilla. Aquí todo el mundo conoce á todo el mundo: timadores, carteristas, vendedores ambulantes, plateros, menegildas, el hampa y la gólfemia, el mundo de Salillas y Llanas Aguilianedo, puede tenerlo en sus apuntes clasificado con perfecto orden un jefe de policía, y saber, como sabe su propio nombre, la vida, milagros, clase y condición de cuantos habitan en la villa coronada y pueden por cualquier concepto exigir que sus actos se vigilen. Porque, en materias tales, se procede por exclusión. De quinientos mil moradores de la corte, creo que no es aventurado suponer que cuatrocientos mil son personas honradas, ó dígame de normalidad legal: familias conocidas, pertenezcan á la clase que pertenezcan, señores, industriales, trabajadores, artesanos, gente cuyos actos no es preciso inspeccionar. Quedan, pues, cien mil sospechosos; á esos habrá que tenerlos en estudio, conocerlos, no ignorar sus pasos; pero, especialmente, sólo á mil ó mil quinientos malhechores de oficio conviene no perder nunca de vista. Parece mucho y no es nada, cuando se les conoce bien y se poseen antecedentes, retratos, datos preciosos, que les entregan á la policía apenas se deslicen. Es cuestión de buena organización y de exquisita vigilancia. Madrid, capital relativamente pequeña, podía y debía ser un modelo en cuanto á seguridad y á barrido. Y sin embargo, por recientes estudios sociales no ignoramos que se encuentra punto menos que como manigua ó selva virgen, donde á su sabor realizan gatuperios y fazañas todos los avechuchos dañinos.

**

Que la sociedad puede y debe contribuir á que cumpla su oficio la policía, es axiomático. Aquí, sin embargo, confundidas las nociones de lo justo y de lo injusto, mientras por una parte lamentamos la insuficiencia de la policía, por otra nos colocamos, con derroche de romanticismo, al lado del delincuente, y le encontramos simpático, interesante y digno de compasión. No importa que los delincuentes interesantes se hayan concluido, que ya no existan reos políticos, que aquella bonita leyenda del perseguido á quien es preciso salvar aun á costa de la propia vida haya pasado á la historia y sólo se cante con música de la *Tosca* en el teatro: no pudiendo idealizar á un revolucionario, se idealiza á un tram-

poso, á un ladrón, á un asesino. Corrientes de simpatía van hacia el deslucido héroe de una odisea que canta la música callejera del romance. La familia Humbert — sobre todo Teresa Daurignac — ha sido mirada hasta con cariño, mientras se insultaba á sus presuntos denunciadores. Y en mi tierra y fuera de ella también, no ha faltado quien mirase como á un Judas al cura de Freijo, que facilitó á la guardia civil los medios para conseguir la captura del bandido Mamed Casanova, nuestro *Fra Diavolo*.

**

Ese cura, que recuerda, hasta en pormenores curiosos, á aquel otro por mí retratado en *Nieto del Cid* — un cuento que se ha leído y traducido bastante y del cual hicieron en Francia un dramita en un acto, — ese cura de una parroquia extraviada, es más hombre que el bandido; ha demostrado mayor sangre fría, se ha jugado la vida con mayor calma. Le atrajo á una emboscada, es cierto; pero recuérdese que el bandido acababa de pedirle «una limosna.» Y ya sabemos lo que esto significa en su lenguaje. El bandido se disponía á despojar al cura, y tal vez no hubiese parado ahí, como no paró en la casa del otro cura anteriormente desbajado por Mamed y donde quedó, testimonio de la ferocidad de este malhechor, el cadáver de una mujer indefensa y asesinada fríamente. Son los curas de aldea las víctimas propiciatorias de los bandidos: allí caen y allí cometen todo género de crueldades y de horrores. Mamed, que por tantos estilos es un bandido italiano, dijo en sus declaraciones que él jamás dispararía sobre el cura; que respetaba el carácter sacerdotal. Mamed lleva escapulario, y cuando cayó herido por la bala del mauser de los guardias, al punto pidió confesión, que le administró el mismo párroco que acababa de hacer efectiva su captura. Con toda esta religiosidad, no me fiaría yo, en el pellejo del párroco, de las buenas inspiraciones que á Mamed le dictase la acendrada fe. Nada de eso: á cien leguas me quisiera de tan famoso creyente, que despachó, hasta sin confesión, á la criada de otro cura, y no despachó al amo de la criada, sencillamente porque se había descolgado de una ventana al campo, y ya ni un galgo á todo correr le alcanza en su desprovorida fuga.

**

La opinión, así y todo, se puso en contra del valiente párroco de Freijo, y no sé si le calificó de *traidor* inclusive. A los que así predicán quisiera yo ver perdidos en una montaña, lejos de auxilios humanos y con Casanova rondándoles la puerta. Quisiera yo que pudiesen oír los lamentos de las misérrimas mujeres atropelladas por el bandido, y dejadas con su escarnio y su vergüenza, deshaciéndose en lágrimas, en un monte ó al borde de un sendero; y entonces me dirían si con fiera por el estilo se ha de proceder tan caballerosamente como con D. Amadís de Gaula ó D. Belianís de Grecia.

Si la sociedad no es social — y ¿quién duda que estamos muy poco socializados? — la policía no puede ser muy perfecta, los institutos llamados á asegurar y mantener el orden tienen que resentirse á su vez del mismo ambiente que les rodea, y los encubridores y cómplices indirectos abundarán siempre más que los hombres terner como ese párroco, á quien desde aquí felicito, declarándole *profesor de energía*.

EMILIA PARDO BAZÁN.